puedo habituarme á pensar este horror.... Un ser tan débil, tan delicado, tan dulce!.... Sí, ella pensaría:—«Mi marido es un asesino....; la bebida que me da es un veneno...., y él lo sabe.»—¡Y ha muerto pensándolo!.... ¡Y ese ha sido su último pensamiento!.... ¡Y jamás, jamás sabrá que no es verdad...., que soy inocente...., que esta idea me atormenta horriblemente, me mata!.... ¡Que soy el último de los miserables, el más desgraciado de los desgraciados.... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Señor Todopoderoso!.... Si existes...., mira lo que sufro...., y ten, ¡oh Dios!, compasión de mí.

.....¡Ah! ¡Qué consuelo tan grande sería para mí creer que todo no ha acabado entre ella y yo!.... ¡Que me ve...., que me oye...., que sabe la verdad!....

¡Pero no puedo; no puedo!

1.º Junio.

Dicen de la oración, lo sé, que es inútil, que es siempre y necesariamente ineficaz, porque Dios — si existe — no interviene jamás en los hechos de este mundo por una acción particular, que no gobierna por milagros, que no altera jamás el orden general por un interés individual.... Sin duda será así; pero me parece muy rígido y absoluto. Desde luego, el que cree en Dios y quien le reza, debe sentirse en comunicación más directa con Él, y debe hallar en este sentimiento mismo un aliento y unos consuelos incomparables.... Pero, además, ¿es cierto que la oración es siempre ineficaz? ¿Quién sabe? Si hay súplicas, ruegos verdaderamente absurdos, porque no podrían concederse sin perturbar el orden divino del universo, ¿no puede Dios reservar, entre sus leyes in-

mutables, un campo libre á la oración? Sin contravenir á sus propias leyes y sin hacer milagros, ¿no puede obrar sobre el pensamiento y sobre la voluntad de quien le implora?.... Una madre que ruega por su hijo enfermo, ¿no puede esperar que su hijo será salvo, no por un milagro, sino por sus propios cuidados, providencialmente inspirados y dirigidos?.... Un hombre que pide á Dios que le otorgue la fe, que le ilumine con su gracia, ¿le pide acaso que perturbe el orden de la naturaleza, y no puede esperar recibir la luz que invoca, la luz que ansía?....

Junio.

.....¡Su último pensamiento fué que yo era criminal!.... ¡Y jamás sabrá la verdad!....

....Todo ha acabado cuando se muere.... ¡Este es el aspecto de la muerte!....

Todo vuelve á los elementos.... ¿Cómo creer en ese milagro de la resurrección personal?.... Y, sin embargo, en realidad, ¡todo es milagro y misterio alrededor de nosotros, sobre nosotros y en nosotros mismos!.... El universo entero no es más que un milagro que dura....

....El renacimiento del hombre del seno de la muerte, ¿sería un misterio más extraño, más incomprensible que su nacimiento del seno de la mujer?....

Estas líneas son las últimas que escribió Bernardo de Vaudricourt. Su salud, de largo tiempo alterada por los pesares, no resistió á las emociones de la terrible y suprema prueba que hubo de sufrir. Una enfermedad, apenas determinada, cuyo síntoma exterior fué un ántrax en la garganta, adquirió en pocos días un carácter mortal.

El Conde, sintiéndose perdido, hizo llamar á Mons. de Courteheuse, y quiso morir en la religión de Alieta.

Viva, la pobre mujer, fué vencida; muerta, triunfó.

POST SCRIPTUM.

Es inútil decir que esta narración, compuesta en vista de documentos auténticos, de los que se han conservado cuidadosamente las líneas principales, ha debido, sin embargo, á causa de la gravedad de ciertos hechos, sufrir modificaciones de nombres, de fechas y de lugares. Se comprenderá también que no se habría publicado si la persona que figura en la segunda parte con el nombre de señora de Vaudricourt, no hubiese, hace bastante tiempo, desaparecido de la escena parisiense, para ir á terminar lejos de Francia su vida aventurera.

FIN.